



La Santa Sede

DISCURSO DE SU SANTIDAD PABLO VI DURANTE LA VISITA A LA IGLESIA DE SAN ANTONIO DE LOS PORTUGUESES

Roma, domingo 17 de noviembre de 1963

Venerables hermanos y amados hijos nuestros:

Nuestras primeras palabras son para vos, señor cardenal patriarca de Lisboa, deseando agradecerle de todo corazón los saludos que tan amablemente nos ha dirigido en nombre de todos los presentes.

Dada la oportunidad de la celebración del Concilio Ecuménico Vaticano II hemos tenido la ocasión jubilosa de encontrarnos con los venerables episcopados de Portugal y Brasil en la visita de buena voluntad que venimos a hacer a esta bella iglesia de San Antonio de los Portugueses.

La circunstancia de vuestra presencia aquí nos lleva a recordar algunos pasos de la gloriosa historia lusitana.

El espíritu de fe ardiente que alentó a los portugueses desde el principio, la creación después de la Escuela de Náutica de Sagres, donde los discípulos del infante don Enrique se prepararon para dar nuevos pueblos al mundo, alentó y fomentó su vocación misionera. De los diversos puertos de aquella pequeña nación partieron las naos en busca de nuevas tierras, dando la vuelta a África, llegando a la India con Vasco de Gama, atravesando el Atlántico y llegando al Brasil con Pedro Alvarez Cabral. En esas mismas naves partieron los misioneros con la cruz y el Evangelio, expandiendo la Iglesia entre los nuevos pueblos. Ardientes por conquistar almas para Cristo, vemos surgir a un San Francisco Javier y un San Juan de Brito, los grandes apóstoles de las Indias; un padre Anchieta y a un padre Manuel da Nóbrega, grandes apóstoles del Brasil. Y la “tierra de Santa Cruz” fue alumbrada, bajo los auspicios de la Virgen, a imagen y semejanza de la “Tierra de Santa María”. De esta misma hereda la religión católica.

Es todavía admirable la coincidencia y el hecho de que, desde los púlpitos de esta misma iglesia, el gran Orador portugués padre Antonio Vieira, de la Compañía de Jesús y misionero en el Brasil, predicó la divina Palabra.

A vosotros, venerables hermanos, queremos ahora dirigir nuestros cordiales saludos.

Con gran júbilo hacemos esta visita a una iglesia dedicada a un santo tan popular, cuya devoción vincula a los fieles portugueses e italianos: San Antonio de Lisboa-San Antonio de Padua.

Portugués por nacimiento, dedicando la primera parte de su vida al apostolado de su patria, San Antonio consagra la segunda a la causa de la Iglesia en esta península. Y si en Lisboa tuvo su nacimiento, en Padua tiene su sepulcro, ambos centro de peregrinaciones de los fieles que allí van con la esperanza de obtener beneficios o para agradecer los ya recibidos por mediación del gran taumaturgo.

Levantada en el corazón de Roma del setecientos; esta iglesia perpetúa aún la perenne fidelidad de Portugal a la Cátedra de Roma. Ya en el año 1367, aquí, en este mismo lugar, se encontraba una hospedería para acoger a los peregrinos portugueses que venían a la Ciudad Eterna en visita a la tumba del Príncipe de los Apóstoles. Después surgió una pequeña iglesia, dedicada a San Antonio y finalmente esta que hoy visitamos.

Al correr de los tiempos fue visitada por varios de nuestros antecesores: Clemente XI, Clemente XIV, Pío IX. ¡Y cómo nos sentimos felices de haber venido también aquí, sobre todo en la casual coincidencia con las conmemoraciones centenarias de San Antonio!

No queremos terminar este pequeño discurso sin dirigir a los jóvenes sacerdotes del colegio portugués, y también aquí presentes, una palabra de afecto paternal y de exhortación.

En vosotros, amados hijos, la Iglesia pone grandes esperanzas. Proponiéndoos como ejemplo las insignes virtudes de San Antonio, su santidad, su amor a las almas, su dedicación total a Cristo, hacemos votos ardientes para que seáis paladines del ideal del gran santo, contribuyáis a la expansión del reino del Señor, guardando en vuestros corazones las palabras del Apóstol: "Sic nos existimet homo ut ministros Christi et dispensatores mysteriorum Dei" (1Cor 4, 1). (Que el hombre nos vea como ministros de Cristo y dispensadores de los misterios de Dios.)

Implorando de Dios las más preciadas gracias sobre todos vosotros, sobre vuestras familias y sobre vuestra patria, os concedemos de todo corazón nuestra paternal Bendición Apostólica.
